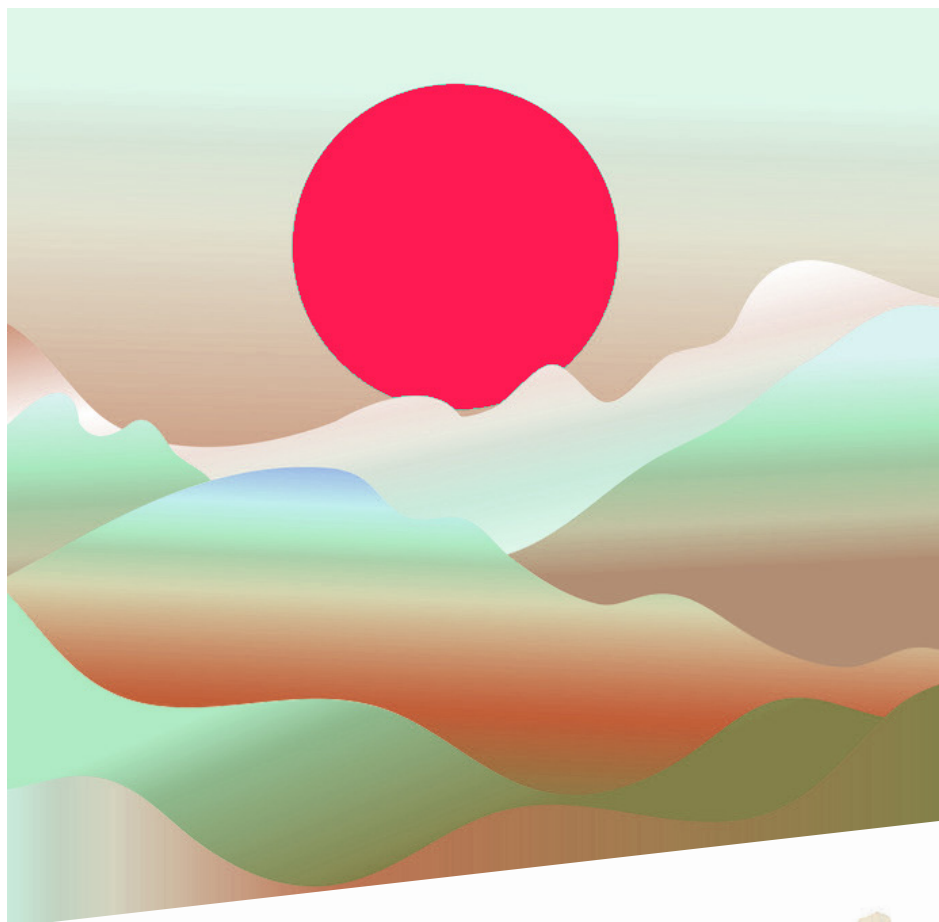


AUDACIA Y LUCIDEZ



it institución teresiana

Maite Uribe Bilbao

Madrid, 26 diciembre 2016

*Señor, en Ti ponemos nuestra confianza para reconocer
los signos de los tiempos*

CARTA DEL AÑO 2017

AUDACIA Y LUCIDEZ

El camino que vamos realizando en el sexenio según las orientaciones que nos dejó la XVII Asamblea General de 2012 nos ha llevado a profundizar el sentido de vivirnos como minoría profética, es decir, como desafío y oportunidad, reconociendo que ser minoría no es ser insignificante, es creer que unos pocos granos de sal son eficaces en términos de sabor, de gusto, de transformación y de novedad.

El año Jubilar de la misericordia, iniciado por el Papa Francisco atravesando la puerta santa de la Basílica de San Pedro el 8 de diciembre de 2015, y clausurado el 20 de noviembre de 2016, nos ha dejado el sabor de una nueva conversión espiritual, de una nueva llamada a renacer del agua y del Espíritu.

Para todos nosotros amigos, colaboradores y miembros de la Institución Teresiana, el año que termina ha tenido el color de la confianza y hemos reconocido que no podemos vivir sin poner la confianza en alguien, especialmente en Aquel que nos ha dado el sentido profundo a nuestra vida, y sin sentir la confianza de los demás, que nos impulsan a afrontar desafíos, a arriesgar caminos y a abrir puertas.

Este año 2017 que vamos a comenzar, la Asamblea lo imaginaba como un año en el que podríamos, desde la confianza, dar un paso decidido para crecer en audacia, en capacidad de riesgo, en lucidez y claridad de mirada para seguir construyendo el Reino de Dios humanizando nuestras sociedades, desde la paz, la justicia y la solidaridad.

La actitud de audacia que este año queremos profundizar, tiene que ver con nuestra libertad interior, personal y colectiva, una libertad de múltiples rostros, los nuestros, los de todas las personas que encontramos en el carisma de Pedro Poveda una orientación para nuestro ser y nuestro actuar y que, desde la confianza, puede llevarnos hacia nuevas opciones, nuevos posibles, nuevos horizontes, proyectos y compromisos.

La audacia es la virtud del que se atreve a actuar, sin que nada ni nadie pueda impedirle dar el paso. Y por eso tiene que ver con la lucidez de nuestra mirada, de nuestra aprehensión de la realidad, de nuestra capacidad de distinguir, de discernir y de optar.

La persona humana es un ser que interroga y se interroga, que cuestiona y se cuestiona, que busca siempre nuevas respuestas. La audacia nos ayuda a entrar en ese dinamismo de vida que nos mantiene despiertos, atentos, sensibles a la realidad, dispuestos a mirar hacia un futuro que está todavía por realizarse.

El poeta Rilke en 1903, cuando todavía era joven, no tenía aún treinta años, dirigió una carta al también joven poeta Franz Kappus, y le decía:

Por ser usted tan joven, estimado señor, y por hallarse tan lejos aún de todo comienzo, yo querría rogarle, como mejor sepa hacerlo, que tenga paciencia frente a todo cuanto en su corazón no esté todavía resuelto. Y procure encariñarse con las preguntas mismas... No busque de momento las respuestas que necesita... Viva ahora sus preguntas.¹

El consejo que le da Rilke a Kappus es el de amar las preguntas, vivir las preguntas, más que las respuestas, porque las preguntas, los interrogantes, surgen mirando la realidad, estando atentos y lúcidos a los signos de los tiempos, nos hacen estar vivos, inquietos y en búsqueda, nos ponen en actitud de arriesgar, nos abren a la audacia que queremos profundizar y vivir a lo largo del 2017.

La experiencia de la confianza que hemos compartido a lo largo de un año, nos permite entrar en esta nueva actitud fundamental que vivieron los patriarcas y los profetas, los testigos y los mártires: la audacia.

I. EL TIEMPO DE LA AUDACIA

*Lo antiguo ya ha sucedido y os anuncio algo nuevo,
antes de que brote os lo comunico (Is 42, 9)*

En la vida de cada uno de nosotros hay un tiempo para la reflexión y la maduración y un tiempo para pasar a la acción. La libertad, como capacidad de elegir, de optar, de actuar, y que acompaña todas las etapas de la vida, es una idea abstracta mientras no se encarne en la acción.

Hay personas optimistas, que actúan intentando optimizar lo que les propone la realidad, actuando lo mejor posible a partir de lo que la vida les pone por delante. Hay personas que tienen suerte, porque ante los acontecimientos, buenos o malos, providenciales o trágicos, todo lo consiguen transformar en circunstancias favorables.

La actitud de la audacia es algo más. Es salir de los caminos ya trillados, es atreverse a ir fuera de las pistas ya trazadas para exponerse a lo desconocido, porque su búsqueda abre nuevos posibles al camino, a la marcha, al futuro.

¹ RAINER MARÍA RILKE, *Cartas a un joven poeta*, julio 1903. Alianza Editorial, 2005.

Es una invitación a salir de la zona de confort, para hacer crecer el campo de los posibles, y vivir personalmente y como asociación, de manera más audaz. En un mundo lleno de barreras, de prohibiciones, de conformismos, optar por la audacia, personalmente y de manera asociada, puede ser una manera de abrirnos cada mañana a la novedad del Espíritu, a la fuerza de la vocación recibida, a la apremiante invitación a responder a los signos de los tiempos.

Decía León Tolstoi que el tiempo que nos queda por vivir es más importante que todos los años ya pasados. Quizá porque en lo más profundo de cada persona está el deseo de crecer, de prosperar, de progresar, de empujar los propios límites, de descubrir nuevas capacidades, de salir de un marco al que nos hemos acostumbrado y desde el que ya nada parece sorprendernos.

Y es interesante ver que esta experiencia de crecer, de progresar, se traduce para algunas personas en tener más o en poder más, para otras en hacer más cosas o hacerlas mejor, y en otras, se expresa en términos de ser, de saber, de conocer más, de comunicar mejor.

El Evangelio expresa, con parábolas, relatos o diálogos personales con Jesús, que esta llamada interior a crecer y a progresar, tiene que ver con nuestro ser más profundo, con un sentido de la vida plenamente consciente porque está habitado por Aquel que es presencia amante, fuerza en la fragilidad, y sobre todo amigo siempre fiel, que nos lleva, como a Pedro, a donde nunca pudimos imaginar: “Cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías; cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te atará y te llevará a donde no quieras”.²

La realización de uno mismo, el ser en plenitud, implica fortalecer nuestra capacidad de interioridad, de libertad interior, de sentido profundo del hacia dónde y del con quién.

La audacia es de este orden, es una llamada a traducir en actos lo que percibimos interiormente como deseo, intuición o llamada a una nueva realización personal y colectiva. Es querer responder a algunos de los interrogantes de Jesús:

- *¿Qué quieres que haga por ti?*
- *¿Por qué teméis hombres de poca fe?*
- *¿Qué buscáis?*
- *¿Darás tu vida por mí?*
- *Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?*
- *Simón, ¿me amas más que estos?*

Vivirnos desde una actitud de audacia tiene que ver con dimensiones y expresiones muy encarnadas de nuestra espiritualidad de encarnación, como son la manera de relacionarnos con la realidad, nuestro sistema de valores y nuestro modo de vida.

La audacia es, sobre todo, una manera de relacionarnos con la realidad, una actitud interior que se expresa en lo real y concreto de nuestra vida, porque es una disposición interior a interrogarnos, a escudriñar la realidad, a despertar la potencialidad de nuestra imaginación, a cuestionar costumbres ya instaladas en nuestra vida personal o asociada, para salir de modelos y formas que aparentemente están establecidos para siempre.

Un proverbio africano nos dice que el camino más corto para ir de un lugar a otro no es la línea recta, es el valor de nuestros sueños y de nuestros deseos.

De Pedro Poveda, humanista y pedagogo, entregado a sus proyectos educativos en el trajín de la vida, se puede decir que era audaz, infatigable, tolerante, pero sobre todo se puede decir que era un hombre comprometido con la misión a la que se sintió llamado: ensanchar las fronteras de una educación basada en el humanismo pedagógico cristiano.³

Una dimensión fundamental de la audacia es leer la realidad y comprometerse con ella.

La audacia tiene que ver con nuestro sistema de valores. Hemos construido nuestros propios valores a partir de nuestras convicciones, de nuestro sentido de la vida. Saber determinar qué es lo fundamental y permanecer fiel a ello es una condición necesaria para mantener la lucidez en el diálogo con la cultura posmoderna actual. Para nosotros como creyentes, Cristo es camino, verdad y vida, y desde ahí todo es objeto de discernimiento, para saber distinguir lo que es bueno, perfecto y agradable en conformidad con el deseo de Dios.⁴

La audacia tiene que ver con nuestro modo de vida. Nos hace salir de la zona de confort que es esa zona de la vida que conocemos bien, que controlamos, que nos da seguridad, porque nos apoyamos en lo que ya sabemos y conocemos. No corremos ningún riesgo porque todo está de alguna manera experimentado, no carecemos de nada y eso nos permite vivir en un ritmo en el que todo parece aparentemente fácil, normal, pero quizá repetitivo y aburrido. La audacia que queremos vivir nos puede hacer cambiar nuestro modo de vida, al sentirnos atraídos por el deseo de aprender, de arriesgar, de improvisar, de ir por otro camino que el de todos los días.

Martha Medeiros, escritora brasileña, con un lenguaje directo y claro nos interroga sobre un estilo de vida que no arriesga, que no inventa la novedad de cada día:

Muere lentamente quien no viaja, quien no lee, quien no escucha música, quien no halla encanto en sí mismo.

Muere lentamente quien se transforma en esclavo del hábito, repitiendo todos los días los mismos senderos, quien no cambia de rutina, no se arriesga a vestir un nuevo color o no conversa con desconocidos.

Muere lentamente quien evita una pasión y su remolino de emociones, aquellas que rescatan el brillo en los ojos y los corazones decaídos.

3 PEDRO POVEDA, *Ensayos y proyectos pedagógicos*, Obras II, Estudio introductorio. Pág. CXV. Ed. Narcea, Madrid 2016

4 Cf. Rom 12,2

Muere lentamente quien no cambia de vida cuando está insatisfecho con su trabajo. Pobre del que no arriesga lo seguro por lo incierto para ir detrás de un sueño.

Muere lentamente quién abandona un proyecto antes de iniciarlo. Estar vivo exige un esfuerzo mucho mayor que el simple hecho de respirar.⁵

El Papa Francisco quiso transmitir a los jóvenes de la JMJ un mensaje de audacia cuando les dijo:

A veces confundimos la felicidad con un diván, con un sofá... Un diván, un sofá, nos hace sentirnos tranquilos, seguros, nos protege, pero también nos adormece, justo cuando otros más despiertos que nosotros deciden el futuro del mundo en nuestro lugar. Y sigue diciéndoles: Jesús no es el Señor del confort, de la seguridad, de la comodidad. Jesús es el Señor del riesgo.

También nosotros podemos caer en esta misma tentación si nos olvidamos de la capacidad de audacia propia de los que, siguiendo a Jesús, el resucitado, el Señor del riesgo, acogen en sus vidas la llamada a vivirse cada día desde la audacia y la apertura a la novedad del Espíritu.

2. AUDACIA Y FORTALEZA

No nos ha dado Dios un espíritu de temor, sino de fortaleza y amor (2 Tm 1,7)

La audacia que queremos profundizar este año es fruto de un discernimiento atento y fiel, muchas veces culminación de un esfuerzo largo y pacientemente mantenido. La prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma se presentan en el Evangelio como dos características importantes de la lucidez. La serpiente aparece como símbolo de la prudencia, mientras que la paloma⁶ como signo de la sencillez, del amor fiel. Saber determinar qué es lo fundamental y permanecer fiel a ello es una condición necesaria para mantener la lucidez en nuestro vivir cotidiano.

La lucidez y la audacia, como actitudes espirituales, no son del orden del temor sino de la fortaleza y el amor propios del Espíritu de Dios que nos impulsa a vivir el presente arraigados en el misterio pascual.

Vivir el presente significa no encerrarnos en el pasado, pero tampoco mirar el futuro como una huida del aquí y del ahora. Vivir el presente es aprender a decir sí al momento actual con todo lo que eso puede pedirnos de lucidez personal y comunitaria para abrirnos al cambio, para discernir cómo renunciar a proyectos que ya no son válidos.

La audacia que queremos vivir encuentra sus raíces en una identidad definida, carismática y fundacional, que hemos recibido con la vocación-misión a la que nos sentimos llamados y enviados cada día y que se arraiga en el misterio pascual, expresión del triunfo definitivo del amor y de la libertad sobre la muerte y el pecado.

5 MARTHA MEDEIRO. "Muere lentamente", poesía, en *Zero Hora*, Porto Alegre. 2000

6 Mt 10,16

Es propio de la audacia la disponibilidad y la vigilancia, la libertad de dar iniciativas y el sentido de compromiso que nos hace superar miedos y mirar con confianza el futuro. Por eso lo contrario de la audacia es el temor. El verdadero combate espiritual a nivel personal y colectivo, se juega entre la audacia y la lucidez, por una parte, y el temor y la incertidumbre, por otra.

Es interesante ver, que tanto en los inicios de la Obra como en los momentos difíciles y cercanos a la muerte de Pedro Poveda, la fortaleza, la audacia y la lucidez son elementos discernidores de aquellos que quieren colaborar en la Obra.

En 1912 Pedro Poveda escribía a Carmen Prados en estos términos:

*Debemos creer que para nosotros fueron dichas aquellas palabras: No nos ha dado Dios espíritu de temor sino de fortaleza y amor. Firmeza inquebrantable necesitamos por la Obra, por el mundo y por nosotros mismos... La fisonomía de nuestra Obra debe ser atrayente, con la atracción de una dulce y suave fortaleza en medio de un reinado de paz, fruto del amor, del sacrificio y del trabajo.*⁷

Unos treinta años más tarde, en 1935, momentos delicados y difíciles en la sociedad y en la Iglesia, Pedro Poveda siente la urgencia de proclamar que con la Obra se ha inaugurado un camino nuevo, y sobre todo, exigente y audaz:

*Ser religiosos en espíritu es algo muy grande, y para la obra grande que realizamos, esta Obra audaz, atrevidísima, si vale la frase -casi temeraria- se necesita extraordinaria vocación, santa chifladura de perfección, prurito de exquisitez espiritual, temple de mártir, celo de apóstol, monomanía de ciencia, obsesión de edificación.*⁸

Con un lenguaje simbólico Benjamín González Buelta SJ, poeta y teólogo, nos invita a una audacia activa, confiante, atenta a la acción del Espíritu y a la acción humana:

*Esperaré a que crezca el árbol,
y me dé sombra.
Pero abonaré la espera
con mis hojas secas.*

*Esperaré a que brote el manantial,
y me dé agua.
Pero despejaré mi cauce
de memorias enlodadas.
Esperaré a que apunte la aurora,
y me ilumine.
Pero sacudiré mi noche
de postraciones y sudarios.*

7 PEDRO POVEDA, *Creí por esto hablé I*. [66], pág. 287. Ed. Narcea, 2005.

8 PEDRO POVEDA, *Creí por esto hablé I*. [460], pág. 1198. Ed. Narcea, 2005.

*Esperaré a que llegue lo que no sé,
y me sorprenda.
Pero vaciaré mi casa
de todo lo enquistado.*

*Y al abonar el árbol, despejar el cauce,
sacudir la noche y vaciar la casa,
la tierra y el lamento
se abrirán a la esperanza.⁹*

La vida animada por el Espíritu es de este orden, fecunda y contagiosa. Con sus palabras y sus actos Jesús ha dado testimonio de la fuerza del Espíritu que le habitaba. Por eso nunca estaba solo. Actúa como hombre libre sin dejarse ahogar por tradiciones y costumbres que paralizaban la acción del Espíritu. Y cuando la presión de sus adversarios era demasiado fuerte, se retiraba al silencio de la oración, se volvía hacia su Padre y rogaba al Espíritu que intercediera por Él con gemidos inenarrables.¹⁰

Cuando Josefa Segovia en 1952 es consciente de que la Obra aparecía consolidada y dispuesta a superar fronteras locales, decía con ocasión de una conferencia sobre la universalidad:

La universalidad no es desvanecerse con ensueños quiméricos, sino vivir “aquí” y “ahora”, es decir resolver con criterio los problemas del lugar y del momento... La clave de la universalidad, nos la da el Padre Poveda en su escrito “La Obra es Jesucristo”. Jesucristo es de ayer, de hoy y de siempre, y ningún lugar le es extranjero.¹¹

Los tiempos de crisis son los tiempos del Espíritu, porque permiten explorar nuevos caminos, nuevas avenidas para la realización del Reino. Jesús mismo inauguró muchos caminos nuevos. No dejemos que la búsqueda de seguridad paralice nuestras comunidades y grupos, nuestros proyectos y, sobre todo, nuestros sueños. Estar despiertos es obra del Espíritu. Dejemos actuar al Espíritu.

A lo largo de este año démonos la oportunidad de abrir espacios de diálogo diversos, múltiples, invitemos con las puertas muy abiertas a amigos y colaboradores para interrogarnos juntos sobre nuestros miedos personales o colectivos, comunitarios o institucionales, tengamos la capacidad de reconocer aquello que nos paraliza y nos impide caminar con novedad hacia el futuro, sepamos tener palabras de ánimo, pero también de discernimiento, de lucidez y de audacia.

Situarnos en esta dirección nos va a modificar la vida, nos va a pedir cambios, mucha capacidad de escucha y de perdón, por eso la audacia que queremos vivir debe de ser también profética.

9 BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA S.J. “Salmos para sentir y gustar internamente”, Ed. Salterae, 2007.

10 Cf. Rom 8, 26

11 JOSEFA SEGOVIA. Exp. oral, 22 julio 1952 “Universalidad de la Obra”, (cfr. ENCARNACIÓN GONZÁLEZ, Pasión por la santidad. Pág. 632. BAC, Madrid 2006)

3. AUDACIA Y PROFECÍA

Yo no soy profeta profesional. Yo cuidaba bueyes y cultivaba higueras. Pero el Señor me llamó y me hizo dejar el rebaño diciéndome: “ve a profetizar a mi pueblo” (Am 7, 14-15)

Es importante encontrar las raíces de la audacia profética que queremos vivir este año.

Si bien es verdad que la dimensión profética es una cualidad que pertenece a toda la Iglesia, a todo el pueblo de Dios, el profeta, en la Biblia y en la tradición, aparece como alguien que sabe leer la acción de Dios en la historia humana, que sabe discernir, denunciar, orientar hacia un futuro para el que Dios siempre tiene una palabra de vida y de felicidad.

El profeta habla inspirado por Dios, anuncia y denuncia, confía en el futuro e interroga el presente, evoca un hacia dónde y muestra que el Reino de Dios está cerca, entre nosotros, en nosotros, como una presencia discreta pero real, de una nueva alianza, de una promesa de amor, de una presencia encarnada en la historia con rostro humano.

Profeta es el que sabe leer e interpretar, a la luz de la Palabra, los signos de los tiempos, los movimientos de la historia, el *Kairós*. Percibe que desde ahí puede brotar algo nuevo, la audacia, la creatividad, la fuerza mística del Espíritu. El profeta es centinela y testigo, confidente y mensajero, elegido y enviado personalmente por Dios para una misión. Es, a la vez, de Dios y de los hombres.

La audacia profética que queremos vivir no podemos reducirla a un servicio arriesgado, significa una manera de mirar el futuro como el tiempo de la novedad, del Reino que está por venir. San Bernardo, en el libro de los sermones, decía a sus monjes:

Me preguntaréis en qué consiste el servicio profético. Pues bien, profetizar no es considerar lo que se ve, sino lo que no se ve, porque es andar en Espíritu, vivir por Espíritu, buscar el Reino de Dios, tender con todas sus fuerzas hacia el futuro, soñarlo, construirlo, vivir en esperanza.

En la dimensión profética hay siempre una exigencia de creatividad que encuentra su inspiración y su impulso en “Aquel que hace nuevas todas las cosas”.¹²

El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante del rostro de Dios, la generosa e imprescindible comunión fraterna y eclesial, el ejercicio continuo del discernimiento y el amor apasionado por la verdad.

¿Qué pasó para que, en los primeros tiempos de la experiencia cristiana, en una época da tantos interrogantes, el misterio de Dios se experimentara como algo nuevo? ¿Qué experiencia de Dios vivieron los primeros discípulos al encontrarse con Jesús para que les cambiara la vida?

La novedad que experimentaron los primeros discípulos de Jesús, fue entender que lo más importante de la fe es la persona de Jesús, resucitado y Señor, y que no es del orden del conocimiento sino de la relación, el ser conocido por El, llamado, invitado, amado, liberado. Esto fue lo que les permitió entrar en la experiencia de un rostro nuevo de Dios: el de Jesús de Nazaret. La audacia de una nueva experiencia creyente.

Por eso lo que puede conducir al hombre moderno hacia el misterio de un Dios encarnado, no es la adquisición de una luz segura que desafíe todas las dudas, sino el despertar de una confianza sin límites. Solo la sed de infinito nos marca el rumbo.¹³ Como dice el poeta Rosales y que la comunidad de Taizé ha sabido ponerle música: “De noche iremos, de noche, / sin luna iremos, sin luna, / que, para encontrar la fuente/ sólo la sed nos alumbrá”.

Acoger hoy el Evangelio de Jesús no es volver la mirada atrás, hacia una cultura pasada, para vivir la fe desde formas, concepciones y sensibilidades nacidas, pensadas y configuradas en otra cultura y para otras épocas que la nuestra.

Acoger el Evangelio hoy nos pide ir hacia adelante, aprender a creer desde la sensibilidad, la inteligencia y la libertad de esta nueva cultura en la que estamos inmersos cada día; es hacer que el Evangelio pueda engendrar una fe nueva, al contacto con las preguntas, los miedos, las aspiraciones, los sufrimientos y los gozos de nuestro tiempo.

Cuando Pedro Poveda en 1917 solicitó la aprobación de la Institución Teresiana como una Asociación Civil y al mismo tiempo su reconocimiento en la diócesis de Jaén, sabía que era algo nuevo, diferente, profético y por eso audaz. Una institución laical con diversas asociaciones y un amplio círculo de colaboradores. Una experiencia creyente inspirada en Teresa de Jesús, en quien encontró un modelo de verdadero humanismo centrado en Dios, y un estilo de vida: la de los primeros cristianos que supieron ser luz y sal en medio de las gentes.

En vísperas del centenario de la aprobación de esta novedad, podríamos preguntarnos, ¿a qué audacia profética nos llama el Espíritu como Institución Teresiana? ¿cómo expresar, vivir, orientar nuestra manera de estar construyendo el Reino para ser fieles a esa audacia de los comienzos?

A veces podemos creer de manera equivocada que, nuestras costumbres, nuestros proyectos, nuestras maneras de hacer son inamovibles. No podemos confundir a los demás ni confundirnos nosotros mismos. Quizá esta postura es la que nos impide leer los signos de los tiempos. También Jesús tuvo que enfrentarse a algo parecido. Los fariseos y los saduceos le reclamaban un signo y Jesús fue valiente en responderles: “Vosotros podéis interpretar el aspecto del cielo, pero los signos de los tiempos no los podéis interpretar”.¹⁴ Quizá como ellos estamos demasiado cogidos por un horizonte individual, demasiado personal, mientras que el Espíritu nos invita a volver nuestra mirada hacia los demás, que son los que pueden ayudarnos a discernir los signos de los tiempos.

13 JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *Anunciar hoy a Dios como buena noticia*. Pág. 43. Ed. PPC. Madrid 2016

14 Mt 16,3

La audacia profética desinstala, cuestiona, nombra a Dios de forma nueva y encarnada, desde la seguridad de quien confía en la continua y radical novedad de Dios.

La audacia profética nos invita a ir más allá de nuestras propias expectativas y realizaciones e impide que nos anchemos en la tranquilidad de una existencia acomodada.

¿Cómo ser profetas en nuestro mundo ante las nuevas encrucijadas que se nos plantean?

Hoy el mundo tiene problemas nuevos, y quizá lo que la audacia profética nos aporte no sea soluciones, ni orientaciones concretas, sino el horizonte del “hacia dónde” caminar, del “cómo caminar”, de “dónde mantener la pasión y el compromiso” con el Reino, desde la hondura de una fe encarnada, y con unos dinamismos personales y asociados que nos permitan ser lo que el Espíritu nos inspire como comunidad discernidora y profética.

Nos encontramos hoy en esa encrucijada en la que se encuentra la realidad y la utopía, la realización y las nuevas llamadas y, para avanzar, necesitamos recordarnos dónde están las auténticas raíces que sostienen los sueños, nutren los ideales y refrescan la savia que da sentido a la vida.

No es tiempo ni de quejas ni de lamentos, ni de recuperar espacios o prestigios del pasado, ni de evadirnos en espiritualidades que nos alejan de lo real, ni de diluirnos en activismos frenéticos. Es tiempo de crear nuevas propuestas, porque la novedad evangélica está en la utopía y en lo que está naciendo, en la profecía y en la sabiduría, en la eficacia y en la gratuidad, en lo personal y en lo comunitario, en la mística y en la ascética. Son los caminos del Espíritu.

Algunos interrogantes pueden ayudarnos a avanzar y orientar nuestros encuentros en este año de la audacia. Están relacionados con la experiencia de la diversidad, la indiferencia globalizada, la humanización de nuestras sociedades.

La diversidad es uno de los elementos característicos de nuestras sociedades, no sólo de las occidentales, sino de todas, diversidades culturales, generacionales, sociales y religiosas.

- *¿Nos hemos tomado en serio la diversidad cultural, generacional, religiosa, en nuestros grupos y comunidades, en nuestras relaciones personales y profesionales? Si miramos a Jesús, ¿cómo gestionó la diversidad y trató a los diferentes?*
- *¿Hemos reflexionado en la posibilidad de ofrecer nuevas maneras de pertenencia, nuevas expresiones de compromisos, nuevas orientaciones al Movimiento Institución Teresiana? ¿qué pasos hemos dado?*
- *¿Nos hemos procurado algunos medios para conocer mejor otras convicciones religiosas que la nuestra? ¿nos hemos acercado a personas con otra manera de buscar a Dios, de reconocerlo, de celebrarlo?*

Una de las inquietudes más repetidas por el Papa Francisco, viendo la realidad de nuestro mundo, es la cercanía y el compromiso con los pobres y marginados. Y nos recuerda la tentación de la globalidad de la indiferencia, el acostumbrarnos al sufrimiento del otro.

- *¿Qué respuestas estamos buscando con otros, en red, y desde nuestros proyectos, para ir a la raíz de los problemas?*
- *¿Analizamos nuestra indiferencia para reconocer qué es lo que nos impide dar pasos? ¿el conformismo, la instalación, el miedo al cambio o la falta de creatividad?*
- *En un mundo donde no valen las recetas fáciles; en un universo complejo y donde tenemos que tomar decisiones en contextos diversos ¿qué instrumentos de análisis y de estudio nos damos para encontrar nuevas respuestas?*

Una actitud profética en nuestro mundo actual es la presencia y la incidencia pública de personas convencidas de la fuerza transformadora de la educación y la cultura a partir de los valores evangélicos. Si queremos ser profetas en el mundo actual es necesario salir a la calle y encontrarnos con jóvenes y mayores, niños y ancianos, mujeres y hombres para buscar con ellos nuevas propuestas, rehacer proyectos, cerrar algunos e inventar los más adecuados al hoy.

- *¿Compartimos suficientemente una visión de futuro, aunque tengamos miradas diversas? ¿Nos sentimos en comunión dando respuestas diferentes y complementarias?*
- *¿Tenemos el lenguaje adecuado para alcanzar nuestro objetivo?*
- *¿Desarrollamos creatividad y audacia, para no acomodarnos en seguridades pasadas, ni en fáciles repeticiones?*

El mundo depende de nuestros sueños, y a veces para cumplirlos no importa la edad que tengas tú o que tenga la otra persona. Nadie se embarca en algo que ni vive, ni le moviliza por dentro. Hoy se buscan testigos, profetas de esperanza, gente audaz y lúcida.

Nuestra tarea es apasionante, pero no siempre es fácil. ¿Transmitimos pasión? Para transmitir pasión necesitamos cuidar esa experiencia profunda que da sentido a lo que hacemos y que es del orden del amor y de la amistad. Nuestra vida, para que sea profética, necesita de cuidados, de silencio y de interioridad para hacer memoria del primer encuentro, del primer amor, de la llamada que nos puso en camino desde la confianza y la entrega a un amor que es para siempre.

Este proceso pasa por la creatividad y la audacia, por una sociedad, una Iglesia y, en nuestro caso, una Asociación, que no se acomoda en sus seguridades, sino que sabe salir de sus espacios de confort, para encontrarse con los demás en terreno abierto.

En diversas ocasiones, el Papa Francisco manifiesta cómo:

Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual.¹⁵

Y en la clausura del Sínodo de la Familia dice:

Podemos caminar con el pueblo de Dios, pero tenemos nuestra hoja de ruta, donde entra todo: sabemos dónde ir y cuánto tiempo se tarda; todos deben respetar nuestro ritmo y cualquier inconveniente nos molesta. Corremos el riesgo de hacernos como aquellos «muchos» del Evangelio, que pierden la paciencia y reprochan a Bartimeo. Poco antes habían reprendido a los niños, ahora al mendigo ciego: quien molesta o no tiene categoría, ha de ser excluido. Jesús, por el contrario, quiere incluir, especialmente a quien está relegado al margen y le grita.¹⁶

Si queremos que pase algo tenemos que soñarlo. Si queremos que pasen cosas nuevas, tenemos que soñarlas.

4. AUDACIA Y LIBERTAD

*El viento sopla hacia dónde quiere: oyes su rumor,
pero no sabes de dónde viene ni a dónde va.
Así sucede con el que nace del Espíritu. (Jn 3,8)*

El peregrino y el caminante tienen muy claro que necesitan estar atentos a sus propios pasos y más cuando se les presentan las encrucijadas del camino: esos lugares que dejan al peregrino en la disyuntiva de tomar partido, de discernir, de optar... Encrucijadas que podríamos llamar límites o fronteras, pero que son espacios privilegiados donde Dios se manifiesta con mayor hondura, donde nadie puede quedarse indiferente, porque es necesario situarse, elegir, tomar partido, caminar, ir hacia adelante. Es la experiencia de la libertad.

En el Evangelio hay una figura particularmente significativa para hablar de la audacia y de la libertad. María, mujer peregrina y caminante, la madre de Jesús. Los textos evangélicos expresan muy sobriamente la experiencia que vivió María, y en ellos se subraya la fe y la esperanza.

Con el sí de María a la palabra del ángel, se han inaugurado los tiempos nuevos, el tiempo de la salvación. Hay una frase en el relato de Lucas a la que Josefa Segovia ha vuelto muchas veces en su vida, y sobre la que hace el siguiente comentario en una carta de 1955:

Me quiero detener en la frase evangélica: Porque para Dios nada es imposible. Y me detengo porque quiero que tengáis una fe inmovible y una confianza a prueba de cualquier acontecimiento por fuerte que este sea. Nuestra vida espiritual y nuestra vida apostólica tienen que descansar en esta afirmación: Para Dios nada es imposible. ¿Mi conversión?... ¿El logro de tal o cual empresa de apostolado? Nada, nada es imposible.¹⁷

El evangelio de Lucas nos presenta a María como alguien que confía en los caminos del Espíritu y guarda todas las cosas en su corazón.¹⁸ En ella todo estaba ordenado y orientado hacia Jesús.

¹⁶ PAPA FRANCISCO, *Homilía en la clausura del Sínodo sobre la Familia*, Roma, 25 octubre 2015.

¹⁷ JOSEFA SEGOVIA, *Carta sobre la Visitación*, año 1955. Cartas, ITER Ediciones, Madrid 1970.

¹⁸ Lc 2,51

Maurice Zundel, uno de los grandes maestros espirituales del siglo XX, expresa muy bien el sentido de la actitud fundamental de María:

*María es la mujer pobre, porque no posee otra cosa que su relación con Jesús. Todo en ella es para Él, de Él, en Él. Por eso es imposible mirarla sin ver en ella el rostro de Jesús. No puede dar otra cosa, no posee otra cosa, que Jesús. Cuando la invocamos: ¡María!, siempre nos contesta, ¡Jesús!*¹⁹

El Magnificat es el cántico de la liberación por excelencia. María alaba a su Señor porque la ha liberado, y ha elevado a los pobres. Su oración tiene una dimensión social, comunitaria, no está centrada en ella, está orientada a los demás, al pueblo, a los pobres. Reconoce que Dios actúa en la historia, en ella, en los que confían en Dios.

María forma parte de esas mujeres de la Biblia que han vivido confrontadas a la experiencia de una fe probada, de una audacia lúcida, de una confianza sin límites. Es de la misma raza que Sara, Judit y Ester. Pero desde su libertad supo preguntar, interrogar: “¿Cómo se hará esto?” En el relato de la Anunciación María se presenta como una mujer libre, que se deja conducir por el Espíritu. “He aquí la esclava del Señor, que se haga en mi según tu palabra”.²⁰ Es la palabra de la audacia en el Espíritu y de la libertad en el amor.

El año 2017 nos va a ofrecer muchas ocasiones para vivirnos como comunidad profética. Hemos empezado ya a caminar hacia las próximas Asambleas, citas institucionales para las que necesitamos ser lúcidos, audaces y profetas. Momentos fuertes de corresponsabilidad y en los que estamos implicadas todas las personas que nos sentimos inspiradas en el carisma de Pedro Poveda, momentos que nos piden una gran libertad interior para preguntarnos ¿qué cambios, qué reajustes, qué decisiones personales e institucionales debemos tomar para mejor responder desde nuestra misión a los desafíos y a las búsquedas de nuestro tiempo?

Seamos, como María, en el día a día, testigos de una audacia sin límites. Personas apasionadas y humildes, solidarias y pacíficas, libres y comprometidas, abiertas a la Palabra y a la acción del Espíritu.

Para recordarnos este empeño renovado de una audacia lúcida y de una lucidez audaz, invocaremos al Espíritu con estas palabras:

¡Sed audaces! ¡No temáis! ¡El Espíritu del Señor es de fortaleza y amor!

Maité Uribe

19 MAURICE ZUNDEL, *Yo hablaré a tu corazón*, Montreal, 1990. Pág. 296.
20 Lc 1,38